

PERSONAS.

D. MANUEL DE GOYENECHE,
tio de D. Carlos.

D. JACINTO, amigo de

D. CARLOS, amante de
DOÑA LUISA, joven bajo la tutela
de D. Manuel.

TOMASA.

PERICO.

D. SIMEON.

UN SASTRE.

UN ZAPATERO.

(La Escena en Madrid, en una Fonda.)



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

PERICO *solo.*

Son las ocho, y mi señor
no viene. ¡Ah cuán desdichado
es el mísero criado
de un maldito jugador!
¡qué compasión no merece!
¡velar las horas enteras
y correr tras las prenderas
desde el punto que amanece!
Y hoy lo mismo que mañana,
y ahora y siempre tener hambre,
y comer sólo fiambre,
y malo, y poco y con gana.

Más valiera ser poeta...
¡Válgame dios lo que dije!
La debilidad me aflige
y trastorna mi chaveta.
¿Pedro, quieres ser coplero?
¿No te estuviera mejor
el ser administrador
de un ilustre caballero
que no supiera contar?
ya se vé que me estaría:
noble vida gastaría,
comer, beber, y roncar.
El primer año yo fuera
servicial y complaciente;
el segundo más prudente
mis reflexiones hiciera,
aunque al cabo prestaría
á mi amo (de su dinero
se entiende) algún millón; pero
sin usura, llevaría
un treinta y cinco por ciento
cuando más, que no es prudencia
emporcar nuestra conciencia
por cosa de tal momento.
El tercero, ya no debo
servir, y de consiguiente
dejo un amo impertinente,
y á mi vez soy amo nuevo.
Tomo casa y cocinero,
tengo mesa y soy discreto,
convido, robo un soneto,

y me tienen por Homero.
¡Qué ventura! Ya me veo
en la testera de un coche
correr de día y de noche,
ir al prado, al coliseo,
al café, tener usía,
mirar fosco, hablar muy mal,
y siempre en impersonal,
olvidar que he sido un día
pobre, y despreciar al pobre,
sólo porque soy ya rico,
ser sabio si fuí borrico,
ser oro lo que era cobre.
¡Ea don Pedro, valor,
quién sabe!... ¡mas ay de mí!
Tomasa viene: volví
á criado de jugador.

ESCENA II.

TOMASA y *dicho*.

TOMASA.

¿Y tu amo?

PERICO.

Duerme.

TOMASA.

Pues yo
quiero hablarle.

PERICO.

No se puede.

TOMASA.

Es fuerza, pues, que le vea.

PERICO,

No vé á nadie cuando duerme.

TOMASA.

Tengo que darle un recado.

PERICO.

No grítes.

TOMASA.

Que se despierte
en buen hora: eso deseo.

PERICO.

Pues amiga, no consiente
mi lealtad...

TOMASA

Vamos, aparta
mostrenco.

PERICO.

Ni te conviene
tampoco, Tomasa mía,
que así en su cuarto te cueles;
pues es verano y no sea
que de ropa se aligere
para dormir, y...

TOMASA.

¿Qué importa?

PERICO.

Ya ves, no fuera decente

que doncella como tú,
viesen desnudos donceles.

TOMASA.

¿Y á qué hora me dará audiencia?

PERICO.

Vuélvete á eso de las nueve,
y quizá...

TOMASA.

Mira, tan pillo,
tan bribón, tan insolente
eres tú como tu dueño.

PERICO.

¡Bien haya quien se parece
á lo suyo!

TOMASA.

Y sí dijera
lo que yo pienso de Udes.

PERICO.

Muchacha, di lo que quieras,
porque insultos de mujeres
cuando estáis... así... enfadadas
más me agradan que me ofenden.

TOMASA.

¿Por qué señor?

PERICO.

Porque entonces,
de su afecto me convencen.
Los hombres también solemos

decir de Udes. mil pestes:
que sois...lo que sois...y luego,
dime, por Dios, ¿qué sucede?
que el hombre grita y complace
y la mujer calla y vence.

TOMASA.

¿Conque vence?

PERICO.

Y yo te diera
una prueba convincente
de mi subordinación,
á no temer...ya me entiendes

TOMASA.

¡Uua prueba! ¿Y esa prueba
cuál es? ¿por qué te detienes?

PERICO.

Porque la verdad, yo temo
que te enfades.

TOMASA.

¡Qué sandeces!
Vaya dila.

PERICO.

Es que conozco
tu carácter impaciente.

TOMASA.

Hombre, mira, te prometo....

PERICO.

¿Y qué, qué es lo que prometes?

TOMASA.

Que si no despachas pronto,
agarro este taburete
y te rompo....

PERICO.

Basta; gusto
el ver que así te moderes,
y en premio de tal victoria
voy luego á satisfacerte.
Has de saber que don Carlos
no está en casa.

TOMASA.

Tú me mientes.

PERICO.

No tal.

TOMASA.

Pues, ¿cómo! ¿ha salido?

PERICO.

Mira, chica, no lo entiendes:
es que no entra todavía
desde ayer tarde á las siete;
sin duda algunos negocios
de importancia....

TOMASA.

Muy urgentes
deben de ser por lo menos,
pues las horas que otros duermen,
en evacuarlos emplea
tu amo.

PERICO.

¡Toma! si es su fuerte
éstos negocios nocturnos.

TOMASA.

¡Ya se vé! por eso siempre
tarsnocha. ¡Habrás picardía
semejante! ¿Te parece
que no sé yo donde pasa
las noches? ¿Donde se mete
las tardes y las mañanas?
en el garito.

PERICO.

¡Valiente
impostural! Mi señor
juega en casas muy decentes,
todos títulos de Italia.
Verdad es que siempre pierde
su dinero; pero al cabo
si lo pierde es noblemente.

TOMASA.

¡Maldito juego! Pues mira,
ya que don Carlos prefiere
la bayeta á mi señora,
sus vicios á sus deberes,
dile de su parte misma
que jamás en ella piense,
ni vuelva á verla en su vida,
ni de su mano se acuerde.
Esto me manda le diga:

harto tiempo sus infieles
juramentos ha creído.
¡Embustero! Nos promete
ayer tarde no volver
á jugar, también ofrece
no poner nunca los piés
en casas donde se juegue,
y después... ¡Que rabial! pasa
la noche en un indecente
garito. Así, así se arruina
el necio; así se envilece,
así olvida sus principios,
así se pierde y nos pierde.

PERICO.

No hay duda, rival tenemos
y rico.

TOMASA.

¿De qué lo infieres?

PERICO.

De que nunca, Tomasita,
te he visto tan elocuente
como ahora; lo que me prueba
que tú has impuesto á intereses
sobre la necia confianza
de quien dá cuando agradece.

TOMASA.

Y aun cuando eso así fuera,
¿no tuviera suficiente
razón? ¿Puede mi señora

por ventura prometerse
felicidad con don Carlos?

PERICO.

Hija, yo no sé si puede;
pero en cuanto á mi amo, digo,
que si se enmienda....

TOMASA

Ni quiere,
ni puede.... ¡Cuánto mejor
fuera, que sin detenerse
en tan locos devaneos,
en esperanzas tan febles,
diese su mano....

PERICO.

¡Ola! ¿A quién?

TOMASA.

A un nuevo amante que tiene,
juicioso, fiel, moderado,
constante, tierno y prudente.

PERICO.

Ya será mayor de edad.

TOMASA.

Que aunque rico, se contiene
y vive con cierto arreglo....

PERICO.

Hace mal ese pobrete,
que el amor siempre gustó
del desorden.

TOMASA.

Y que debe
la preferencia de Clara
á sus prendas eminentes,
no á su edad, ni á su figura
como algunos mequetrefes:
no es ningún viejo tampoco,
mas no cumplirá los veinte,
ni los treinta....

PERICO.

¿Ni los treinta?
¡Pobre caballero! ¿Y quieres
que temamos tal rival?
¡Ay Tomasita! No sueñes,
tú conocerás los hombres;
pero en cuanto á las mujeres,
yo las conozco mejor,
y en ellas he visto siempre
como en los niños, que gustan
mucho de la fruta verde;
y en estando ya madura
la escupen y la aborrecen,
sólo porque los gorriones
han podido entretenerse
con ella.

TOMASA.

¡Qué disparate!
una mujer que prefiere
su bienestar á tan necias
consideraciones, ¿tiene

¿acaso en qué titubear?
¿Preferiría un mozalvete,
barbilampiño, lindito,
todo gesto, todo dengues,
y tan poquísima cosa
que al primer vaivén se quiebre?
¡Cierto que con tal muñeco
podiera una prometerse
tremendas felicidades!
¡Qué ocupaciones! ¡Qué muebles!
Hacer de la noche día,
fumar, jugar, componerse,
acicalarse, mirarse
al espejo, llevar lente
por tono, tener luneta,
decir á todas se mueren
por ellas y ser mentira,
cuando sólo á sí se quieren:
no bailar, porque se suda,
no cantar, porque se siente
la garganta del esfuerzo,
no discurrir, porque duele
la cabeza; ¿abrir un libro?
ni se diga ni se piense,
que la maldita jaqueca
al instante sobreviene.
En fin, no ser nunca nada
sino meros petimetres,
fastidiosos para amantes,
y para maridos peste.
¿te parece, Periquito,

que un dije así nos conviene
á las que ya, por desgracia,
hemos pasado de trece?

PERICO.

No por cierto; harto mejor
os estuviera un vejete,
á quien sobre de malicias
lo que le falte de dientes;
con su gorro puntiagudo,
su bata de seda verde,
su moquero, y sus chinelas
de encarnado tafilete . .
Con él se tiene, Tomasa,
un comodín, pues se tiene
un reloj de carne humana
que con su tos nos despierta;
un predicador en casa,
un doctor sin su bonete,
un consejero sin paje,
un enfermo á quien se vele;
y en fin, un ejemplo vivo
que sin cesar nos recuerde
en lo que paran al cabo
los gustos y los deleites:
ello es verdad que también
suele ser impertinente,
regañón y desconfiado,
que pueden tener los duendes,
los trasgos y los cortejos;
mas ¿qué importa? las mujeres
que se casan con un viejo,

no se casan; pero siempre
cuando otra cosa no sea
ganan mucho, pues obtienen
casa y médico de valde.

TOMASA.

Don Manuel de Goyeneche,
está, por más que te canses,
muy lejos de parecerse
al retrato consabido.

PERICO.

Pero señor, ¿á qué viene
ahora sacar á colada
al mejor de los Manueles?
¿Qué tiene que ver el tío
de don Carlos, el prudente
tutor de doña Luisita
con el nuevo pretendiente?

TOMASA.

Nada, sino ser el mismo
don Manuel quien la pretende.

PERICO.

¡Don Manuel!

TOMASA.

El mismo.

PERICO.

¿El tío

de mi amo?

TOMASA.

Precisamente,

PERICO.

¿El tutor de tu señora?

TOMASA.

Ese, don Periquito, ése.

PERICO.

Pues digo, que no lo creo

TOMASA.

Harás muy mal.

PERICO.

Ni te empeñes
Tomasita en asustarnos,
que es pequeño nuestro vientre
para mentiras tan gordas.

TOMASA.

Por estas cruces...

PERICO.

No apeles
tampoco á tales testigos,
porque ellos nunca desmienten

TOMASA.

¿Conque miento?

PERICO.

Más que un sabio
á su casero.

TOMASA.

¿Y te atreves
á dudar de lo que dice
tu novia?

PERICO

Sí, que las leyes
matrimoniales permiten
este desahogo, á quien debe
tragar después de casado
cuantas pildoras le dieren.
¿Y pudistes esperar
creyera yo tan solemne
disparate? don Manuel
es mucho más que pariente
de don Carlos, es su padre;
su hacienda nos pertenece,
nos la tiene prometida,
la esperamos impacientes,
y sin ella, ¿que sería
de nosotros? ¿cuál la suerte
de tanto honrado usurero,
con quien tenemos pendientes
y sin cerrar nuestras cuentas?
¿Qué fuera del sastre Lesmes
del Zapatero Damián,
del sombrerero Vicente,
de la sucia Lavandera,
y de cuantos nos protegen,
esperando como pobres
á que don Carlos herede?
Además, tú has olvidado
sin duda que quien pretende
casar á tu señorita
con mi amo, que quien revuelve
cielo y tierra por lograrlo,

es el mismo á quien conviertes
de casamentero en novio,
como si tan diferentes
y encontrados elementos
confundirse así pudiesen.
¿No sabes....?

TOMASA.

Si, lo sé todo,
nada nuevo me refieres:
sé muy bien que mi señor,
rico hacendado de Yepes
y amigo de don Manuel,
en artículo de muerte
le encargó la tutoría
de su hija.

PERICO.

Pues dime alevé
¿por qué nos quieres aguar
el suspirado clarete?

TOMASA.

Sé también que desde entonces
se dispuso formalmente
la boda de su sobrino
con la niña, y que los bienes
del pariente solterón
se esperan para alfileres;
pero al mismo tiempo sé
que anoche, estando presente
una servidora tuya,
y quejándose agriamente

la pupila á su tutor
de los locos procederés
del extraordinario novio
que el destino la previene,
don Manuel la respondió
que la conducta imprudente
de su sobrino, no sólo
nuestra cólera merece,
sino la suya también,
y que como no se eumiende
muy pronto, no será extraño
que al cabo lo desherede.

PERICO.

Antes que tal cabo vea
permita el cielo que ciegue.

TOMASA.

Luego dijo conocía
que era imposible que fuese
buen marido tan mal novio,
que don Carlos era un débil,
un vicioso incorregible,
un calavera imprudente,
un loco, un necio, un batata,

PERICO.

¡Jesús cuál le favorece!
y qué pronto á conocer
se da al viejo por pariente.
¡Y de mí! ¿no dijo nada?

TOMASA

Sólo que eras su alcahuete.

PERICO.

Pues, siendo, como es, empleo
de pluma, en nada me ofende.

TOMASA.

Y después en voz muy baja
y un poquito balbuciente
dijo... yo no sé qué cosa
de un lazo más conveniente,
de un cariño paternal,
de más fáciles deberes,
de los manes del difunto,
de los encantos presentes,
y de poner á sus pies
mano, corazón y bienes

PERICO.

¿Bienes dijo?

TOMASA.

Bienes dijo.

PERICO.

¡Ay salario de diez meses!
dime pronto la respuesta
de tu Señorita.

TOMASA.

Breve

y lacónica. Callar

PERICO.

Sobre todo, es conveniente.

TOMASA.

Y tanto, que cada cual
la traduce como quiere.
Ahora, pues, sólo me resta
asegurarte que puedes
contar siempre con mi amor;
pero que los intereses
de don Mannel son los míos.

PERICO.

Pues mira, no se te teme.

TOMASA.

Allá lo veredes, Pedro,

PERICO.

Tomasa allá lo veredes.

TOMASA

Agur, y no te se olvide
mi recado.

PERICO

Dios te premie
con su infinita bondad
la voluntad que nos tienes.

ESCENA III.

PERICO, *solo.*

¡Qué noticia tan funesta!
¿que acontecimiento es éste
tan impensado, Señores?

¿Es hoy Martes? Es hoy Viernes.
Adiós, vestido de boda,
adiós prometidos bienes,
que al fin como prometidos
os habéis quedado en ciernes,
y no es eso lo peor,
¿sino que quién nos mantiene?
¿quién nos calza? ¿quién nos viste?
¿quién lava los arandeles?
¿quién cubre nuestras cabezas?
¿nuestros vicios quién sostiene?
No hay remedio, de esta hecha
la miseria nos envuelve,
y amanecemos un día,
por librarnos de sus redes,
ahorcados de algún pingajo,
si no nos prestan cordeles.
¿Ahorcados? no, que mis padres
fueron nobles montañeses,
y no es de hijos bien nacidos
morir tan cochinemente.
Venga, pues, un tabardillo,
una pútrida, una fiebre,
ó un médico catalán
que me mate prontamente;
pero venga muy despacio,
por si acaso, no conviene
precipitar un suceso
que tiene mucho de hereje.
Bueno es siempre meditarlo,
Mas; ¡ola! pasos se sienten

¿si será ese perdulario?
El es, y no viene alegre.
Parto largo, y parir hija.
Paciencia.

ESCENA IV.

DON CARLOS Y PERICO

CARLOS.

¡Maldita suerte!
¿qué hora es?

PERICO.

Son las... siempre es hora
propia para recogerse.

CARLOS.

No es eso lo que pregunto
¿sino, qué hora es?

PERICO.

La de siempre.

CARLOS.

Bribón; ¿te burlas de mí?

PERICO.

No por cieeto: son las nueve
poco más ó poco menos,
y como siempre anochece
á estas horas para usted,
por lo mismo....

CARLOS.

No me tientes
la paciencia: ya me cansan
tus chistes impertinentes,
tus necias bufonerías:
sirve y calla, si exponerme
no quieres á que te rompa
una costilla. ¿Lo entiendes?

PERICO.

Si señor: no hay como hablar
español, para entenderse
en España.

CARLOS.

¿La levita?

PERICO.

Aquí esta ya.

CARLOS.

¡Qué perdiere
una sota tan en juego!
Una sota contra un siete,
lado, mayor y judía,
y quebrarse cabalmente
cuando á mi me dió la gana
¡de coparl... Vaya, suceden
cosas que... dame cigarros.

PERICO.

Voy por ellos...; ¡qué tall viene
sin un cuarto: esto faltaba.

CARLOS.

¡Qué murmuras entre dientes!

PERICO.

Nada

CARLOS.

¡Qué albur tñ maldito!
Luego, ya sé vé, se pierde
la chaveta y ganaranés,
gallo, carambola, entreses,
á todo se apunta, á todo.

PERICO.

Aquí están cigarros.

CARLOS.

Siempre
me has de perseguir fortuna.

PERICO.

Tome usted.

CARLOS.

¡Ah! tú bien puedes
hacer que pierda el dinero,
pero que pague... ya es ése
otro punto bien distinto,
y por más que tú te empeñes,
perder y pagar son cosas
para mí muy diferentes.

PERICO.

¿No dijo usted que quería
fumar?

CARLOS.

Sí... no... dame... vete.

PERICO.

A cuatro ordenes opuestas
una sola se obedece,
y ésa es siempre la postrera.

CARLOS.

¡Qué, te vas?

PERICO.

Así parece.

CARLOS.

¡Lindo modo de servir!
Dame, dame prontamente
un cigarro.

PERICO.

Vaya en gracia.

Tome usted.

CARLOS.

¿Y en qué se enciende?

PERICO.

Voy por lumbre.

CARLOS.

¡Habrà maldito!
y que cachaza que tiene.
¡Qué desgraciado que soy!
En dos noches solamente
he perdido la ganancia
brillante de cuatro meses.
Es cosa de darse un tiro.
Si por lo menos hubiese

pagado mis acreedores,
tuviera indudablemente
crédito, y préstamos nuevos
me armaran, mas ¿quién se atreve
á pedirles en el día?
Luego, son tan descortesés,
tan groseros.... una cara
tienen tan griega, que mete
miedo.... cara de acreedores.
Si mi tío complaciente
quisiera por cuarta vez
pagarles.... nada se pierde
en ensayarlo: es tan bueno,
que ¿quién sabe?

ESCENA VI.

PERICO Y DON CARLOS.

CARLOS.

¡Ola! ¿Ya vuelves?
Yo pensé que te quedabas
por allá,

PERICO.

Si usted supiese
lo que hice en tan poco tiempo.

CARLOS.

¿Pues qué hiciste?

PERICO.

Hice valiente

que el ejército enemigo
se volviera á sus cuarteles,
y levantase el asedio
de nuestro indefenso fuerte.

CARLOS.

Explicáte.

PERICO.

El Zapatero
y el Sastre con sus mujeres,
oficiales y aprendices,
leznas, tijeras y muebles
estaban....

CARLOS.

¿Dónde?

PERICO.

En la puerta
de vuestro mismo retrete.

CARLOS.

¿Qué dices?

PERICO.

Ya era imposible
é inútil entretenerme
en disculpas, y promesas;
y así con semblante alegre
é impertérrito, abracé
el partido más prudente:
les pido albricias, me miran,
como si no lo creyesen;
los felicito, y entonces

me presentan sus papeles.
Yo, sin tomarlos, añado
que tenemos ya corriente
aquella letra de cambio
que nos sirvió tantas veces
(sin haber nunca existido)
de Palladium; que usted quiere
pagarles; pero que fuera
en extremo conveniente
que volviesen á las doce
en punto, porque ahora duerme
el amo, y yo no me atrevo
por aquestas pequeñeces
á despertarle. Ea Damián,
adiós; adiós señor Lesmes,
cuidado con la escalera,
y no me falten ustedes
á la cita; no se olviden
las cuentas, y si pudiesen
estar en papel sellado,
mejor. En fin los corchetes
se marchan, y hasta las doce
respiramos.

CARLOS.

¡Lindamente!

A las doce ya estaré
en donde ellos no me encuentren:
no obstante; siempre esta fonda
tuvo el grave inconveniente
de tener sólo una puerta
á la calle; y si sucede

que me acechan, ¿cómo diablos
podré escapar de sus redes?
Por lo mismo será bueno
que pensemos seriamente
en mudar de alojamiento.

PERICO.

Si al menos usted tuviese
una recomendación
de algún amigo ó pariente
para el administrador
del hospicio.

CARLOS.

Ciertamente *Riendo.*
¡fuera un lindo alojamiento!

PERICO

Para quien nada posee,
yo no encuentro otro mejor,
ni que más barato cueste.

CARLOS.

¡El hospicio!

PERICO.

Mucho temo
que sólo este arbitrio os quede;
y para casa de baños
la fuente de la Cibeles.

CARLOS.

¿Estás loco? ¿Estás borracho?

PERICO.

Si, borracho; buena gente

son los tales taberneros
de Madrid, para que presten
su cristiana mercancía
á quien la plata no suelte.
No Señor, no estoy borracho,
sino aburrido, impaciente,
desesperado, mortal.

CARLOS.

Y dime. ¿podrá saberse
la causa de tu quebranto?

PERICO.

Sepa usted....

CARLOS.

¿Qué te detiene?

PERICO.

que don Manuel....

CARLOS.

¿Está enfermo?

PERICO.

Ojalá

CARLOS.

Quizá la muerte....

Santo Dios terrible idea....!

PERICO.

No ha muerto, no, pero quiere
casarse:

CARLOS.

¡Caspita!

PERICO.

Y como
la novia es como un trinquete,
no será extraño que tengan
sucesión, y que se lleven
los demonios vuestra herencia,
y mi salario los duendes.

CARLOS.

¿Quién es la novia?

PERICO.

La vuestra.

CARLOS.

¿Qué dices?

PERICO.

Que si no mienten
los informes de Tomasa,
es su señorita.

CARLOS.

Imbécil,
mentecato, ¿no conoces
que han querido entretenerse
á tu costa?

PERICO.

Dios lo quiera.

CARLOS

Una mujer que se muere
por mí, que me ha prometido
ayer tarde su celeste

retrato, sí, su retrato
que cien diamantes guarnecen,
como prueba de su amor
¿quieres ahora que me deje?

PERICO.

No lo quiero, ni por pienso.
Bien sabe Dios me entenece
esa prueba del retrato
aun más de lo que os parece:
pero ¿cuando nos lo dá?

CARLOS.

Hoy mismo, si concluyere
el diamantista su encargo.

PERICO.

Dios mio, si nos conviene,
(que si convendrá, señor)
haced que se nos despene
antes que dé medio día:
pero ¡ay de mil y si fuera
exacta mi relación,
¿qué haremos?

CARLOS.

¿Otra vez vuelves
á las andadas?

PERICO.

Un pobre
teme más que diez mujeres.

CARLOS.

No temas nada; mi tío

me quiere tan tiernamente,
que si Dios no lo remedia,
me dejará cuanto tiene:
luego, mira el celibato
como un estado que debe
hacer su felicidad;
y tanto los otros teme,
que en hablándole de boda
pierde el color, y enmudece.

PERICO.

Se acordará de las suegras.

CARLOS.

Así pues, no me recuerdes
semejante tontería,
y dime si viste al jefe
de mi ejército Israelita.

PERICO.

Si Señor, estube á verle.

CARLOS.

¿Que dice don Simeón?

PERICO.

Que no tiene inconveniente
en prestar los cien doblones.

CARLOS.

¿Cierto?

PERICO.

No dejó de hacerse
de pencas; mas lo reduje
por fin,

CARLOS.

¿A los intereses
consabidos?

PERICO.

Se supone:
cinco reales cada veinte.

CARLOS.

Ven, Perico de mi vida,
á que en mis brazos te apriete:
ven te digo.

PERICO.

Soy un tuno,
un bufón impertinente,
un pesado.

CARLOS.

No lo creas:
siempre fuiste el confidente
el amigo, el consejero
de tu amo, y . . . dí, ¿se conviene
supongo, don Simeón
con la firma solamente
como en otras ocasiones?

PERICO.

Ese es el ítem; que quiere
prenda.

CARLOS.

¿Prenda?

PERICO.

Si señor.

CARLOS.

Maldito seas, imbécil,
bruto . . .

PERICO.

¿Pues soy el que pido?

CARLOS.

Bribón . . .

PERICO.

¿pues presto á intereses?

CARLOS.

¡Prenda yo! prenda dijistes

PERICO.

Si don Simeón quisiese
contentarse con trapajos,
pero el vinagre prefiere
oro, plata, ó bien diamantes
según me dijo: mas éste
que viene; ¿no es vuestro tío?

CARLOS.

El es,

PERICO.

Pues sermón me fecit.

CARLOS.

¡Ay Dios! huyamos Perico.

PERICO.

Huyamos, si es que se puede.

ESCENA VII.

DON MANUEL, *solo.*

MANUEL.

¿Carlos, Carlos, Periquillo?
es bien inútil que piensen
escaparse de mis uñas.
Corran, corran como liebres
nada importa; porque al cabo
aunque logren esconderse,
yo sabré por vida mía
encontrarlos. Gabinete
y alcoba he de registrar,
y en dando con sus mercedes,
por las orejas vendrán
á escuchar, mal que les pese,
las postrimeras razones
de un irritado pariente.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON MANUEL, DON CARLOS, Y PERICO.

MANUEL.

Aquí ha de ser, sin remedio;
aquí de grado ó por fuerza
tienes que escucharme.

CARLOS.

Pero
¿no pudiera en la otra pieza
haberse hablado lo mismo?

MANUEL.

Quiero yo que en ésta sea:
sin embargo, no te asustes,
que ni será muy molesta
ni larga mi relación